

Más tarde... Nones

Por: Misiá Anaclea

«Más tarde, cuando hayamos restañado nuestras heridas y tengamos más templado el corazón de suerte que la añoranza le haya cedido definitivamente su feudo a una nueva ilusión, ese día primoroso y fragoroso que los almanaques por venir señalarán como el de nuestra resurrección plantaremos un árbol bien frondoso en esta tierra umbría que hoy nos acoge, un cedro como los cientos que bordeaban la villa que los señores de la guerra nos arrebataron, un cedro que simbolice nuestro esfuerzo por no agachar el moño aunque las autoridades y las agencias y organismos que las financian se hayan empeñado en negarnos el sagrado derecho de existir», sentenció el abuelo con la sofistería propia de un patriarca de campanillas.

«¡Más tarde ni qué ocho cuartos! Siembran el árbol de una buena vez. Y no sólo un cedro sino una buena docena, por lo menos, y una docena de cauchos, de arrayanes, de sietecuecos y de caobas mientras Bárbara, Imelda y yo preparamos los tamales para el desayuno», terció la abuela enfurruñada y encalabrada por mor de la pachorra de su marido que con su labia y su actitud de burócrata entelerido y marrullero condenaba a su prole a vivir en un peladero yermo que no podría ni por asomo motejarse de hogar jamás de los jamases.

Por fortuna fue la abuela quien ganó aquel combate. Esa mañana, disertando menos y porfiando más, sin aguardar los parabienes de maná que llovería del cielo por arte de birlibirloque en un futuro pintado de arreboles, cuando las ranas echaran plumas, los bancos se olvidaran de hacer efectivas sus hipotecas y las correrías de los grupos de limpieza social fueran apenas mito y leyenda de caverna, el abuelo, los tíos, los primos, mi hermana Matilde y yo sembramos aquellos árboles que circundan nuestra granja y sobre

los cuales de un tiempo para acá anidan a sus anchas, entre otras preciosidades, las cotorras montañeras, especie que figura como extinguida en los libros de ornitología criolla.

Por esa razón, porque fue sembrando vida que nuestra familia resistió y sobrevivió a la violencia, el desarraigo, el desplazamiento, el neoliberalismo impuesto a garrote y metralla y a los leoninos tratados de libre comercio, los hombres y sus modelos económicos pasan, los bosques y sus frutos quedan, aunque Mateo me tilde de latoso y de fastidioso hago eco de las enseñanzas de mi abuela y le machaco una y otra vez la misma cantinela... «Hazme caso, hijo mío. Más tarde... Nones. No dejes para sembrar mañana los árboles que puedas plantar hoy».